



CRÓNICAS CONTEMPORÁNEAS: Exposición MAGNOLIA FS11.186M/S, de Juan Zafrá

Una vez más, el aprendiz de cronista queda desbordado para transmitir en un texto lo que los artistas de su pueblo son capaces, con la mayor naturalidad del mundo, de expresar y materializar en un lenguaje plástico: escultura en este caso.

Esta es la sensación que nos invade tras reiterados recorridos por la Exposición "MAGNOLIA FS 11.186 M/S", presentada por Juan Zafrá en los Patios

del Reloj de la Diputación de Córdoba. Una sensación motivada, no tanto por la dificultad para ofrecer al lector una visión personal del contenido de la Exposición, como por la riqueza artística y densidad argumental de la misma.

Nos sirvió para ubicarnos el sobrio y provisional folleto o "catálogo" que se ofrece al público que visita la exposición; nos sirvió también la propia presentación del escultor en las palabras pronunciadas en el

Acto Oficial de Inauguración. Y nos sirvió, cómo no, el tratamiento informativo que a la exposición se ha dado en la prensa y nuestra propia reflexión personal.

Por cualquiera de estas vías unos elementos conceptuales surgen como ejes en torno a los cuales gira la muestra escultórica y las obras que en ella se integran:

- El tiempo y la fecundidad, que son el auténtico eje filosófico-argumental de la exposición.

- El diálogo permanente entre la obra escultórica y el entorno vegetal: magnolios, lima (elemento híbrido en cuanto injertado parcialmente en naranjo), ciprés...

- Al respecto, el artista llena con su obra tres espacios claramente delimitados, no sólo por su componente natural (el papel de los cuatro monumentales magnolios resulta básico y fundamental), sino por otras muchas cuestiones y sensibilidades: lo femenino, la fecundidad, el elemento viril (ciprés) imprescindible en el proceso de la vida, el equilibrio vital, etc... Y todo ello presidido por el majestuoso reloj astronómico (referencia al inexorable discorrir del tiempo), ante el que una fuente central y dos laterales constituyen auténticas "fontanas" donde el agua de la vida fluye y se regenera continuamente.

- Como parte de ese tiempo, inevitablemente estalla la reflexión sobre la vida y la muerte, proceso al que incorpora el artista el concepto de "despegue", muy sugerente en el momento preciso de una contundente madurez del escultor como persona y como artista.

- Ello conduce, a su vez, a un esfuerzo de reflexión plástica de la gravedad. "He jugado, dice Juan Zafrá, con el término elevación o despegue, que es precisamente lo que nosotros hacemos en los momentos de introspección, cuando nos paramos y hablamos con nosotros mismos".

- Pero, obvio es, no es la gravedad física la que pre-ocupa al escultor, sino otro tipo de gravedad: y ello porque, dice Juan Zafrá, "los tiempos en que estás fuera de ti mismo son fundamentales en el proceso creativo" y, añado yo, "vivencial".

Y se plantea el cronista (al que quizá no le corres-

ponden tales funciones): ¿gravedad como anclaje? ¿gravedad como inmovilismo y espacio de seguridad personal y familiar? ¿Despegue como liberación? Lo anterior no son preguntas retóricas, son "palabras cargadas de futuro" cuando se aplican a personas o colectivos que (parece innegable) iniciamos ya el sendero de la última fase de nuestras existencias.

Pero quizá con estas reflexiones interpretativas el cronista se está metiendo en terrenos que superan lo que es inherente a la crónica convencional. Frente a tal osadía, obligado es ofrecer otra versión alternativa de la misma crónica: la versión más adaptada al momento (Feria Real), la más adecuada a los destinatarios (el lector habitual de la Revista de Feria de Fernán Núñez) y la más cercana al espacio afectivo que todos compartimos. Sin ningún género de dudas ambas crónicas son compatibles y, si se me apura, ineludiblemente complementarias.

Y es ahí, bajando a lo individual y concreto, donde surge de nuevo el interrogante de si esto que llamamos "los Artistas de Fernán Núñez" es una ficción que nos hemos inventado y que no tiene más de unos centímetros de cimiento sólido. Es éste un pensamiento fácil de adoptar y defender, pero que no compartimos; y ello porque la realidad es tozuda y, si es verdad aquello de que "por sus obras los conoceréis", procede hacer una relectura de una serie de realidades y situaciones que acompañan a las exposiciones de Juan Zafrá y que, excepcionales en muchos aspectos, está claro que no se prodigan en el espectro artístico cotidiano:

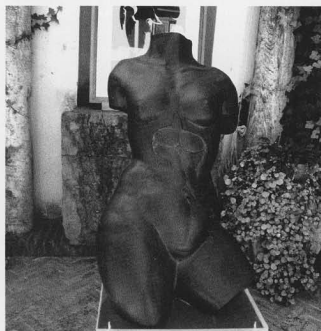
Atraer a doscientas personas a un espacio expositivo en el acto de presentación de una muestra escultórica, acto que, por definición, pudiera entenderse como elitista y minoritario.

Convertir esta inauguración en zona de encuentro y diálogo de colectivos humanos muy diversos, que superan sobradamente la protocolaria, "interesada", "obligada" y habitual representación de las fuerzas políticas convencionales.

En este contexto el arte pasa directamente a las manos y al espíritu de lo más global en lo social y de lo más diverso en lo humano y afectivo; pasa al disfrute y goce, tanto de artistas y creadores, como de los ciudadanos comunes. El "Arte es nuestro", dan ganas de gritar.

Romper el tópico del desinterés cordobés por la cultura y el arte ("Córdoba ciudad bravia, con 300 tabernas y una sola librería"), tópico claramente superado en lo que se refiere a la plasmación plástica de la cultura, por más que sigan sin ser muy abundantes las librerías en el callejero cordobés.

Y en último extremo, desde un punto de vista más materialista: generar una dinámica creativa en la que un artista plástico, cuando finaliza su período expositivo, "tiene vendido todo lo que él ha querido vender". ¿Qué eso parece una panacea utópica en una sociedad que no se prodiga por la inversión en arte? Pues sí, pero esa utopía se hace realidad cada vez que Juan Zafra culmina la dura aventura de una nueva exposición.



¿Que detrás de todo esto existe una calidad artística contrastada, reconocida y, en cierto modo, excepcional? Ésa es la base que nadie pone en duda. Pero debe haber algo más; algo que me atrevo a definir como "la sorprendente potencialidad de atraer y captar afectos de Juan Zafra".

Se dan la mano aquí la apuesta del artista por la cultura total e "integral"; la transparencia y apertura ideológico-cultural, la sencillez y calidez humana, la injustificada modestia, el alejamiento de todo radicalismo (pero sin ser ambiguo...; la indefinición está reñida con Juan Zafra); su total integración social en los entornos en que se mueve; su actitud de "puertas abiertas" (domésticas, mentales y artísticas) a todo el que se interesa por su obra o, simplemente, le pide ayuda y tiempo para ser escuchado.

En el fondo subyace su capacidad sin límites para emocionarse; sensible a todas las manifestaciones artísticas (música, pintura, grabado, escultura...); desde las más sencillas producto de la creatividad popular, de las que se impregna hasta la médula, hasta las tareas de colaboración institucional, con una mirada certera y sintetizadora en los monumentos e hitos urbanos que definen a los pueblos y a las ciudades.

Y en este capítulo, el de la capacidad de emocionarse, Juan Zafra no hace excepciones; siempre que exista autenticidad, en él funciona una especie de "esponja ético-estética" capaz de absorber esencias; desde los hechos más sencillos a las realidades más complejas y elaboradas. En este apartado (no puedo obviarle) un lugar de privilegio hay que otorgarle a la excelsa "madrugá", de Sevilla, donde Juan Zafra se autorrecompone humana y estéticamente, saliendo renovado de cada experiencia, al tiempo que catapultado para empezar o culminar un nuevo "despegue". La profunda espiritualidad de los argumentos (que pueden ser laicos) que inspiran sus exposiciones, posiblemente tengan este origen y se retroalimenten por este mecanismo.

Por todo ello y por algunas otras cosas que se nos quedan en el frágil tintero del cronista, allí por donde pasa Juan Zafra y allí donde presenta el resultado de su trabajo, va dejando una estela de calidad y calidez artística, de cordialidad, de afectos, de admiración...; sensaciones éstas que, aunque no materializables, sí que son ostensibles y respirables por todos los que practicamos la apasionante aventura de acercarnos periódicamente a la vida y la obra del que hoy es, por derecho propio, "un maestro" de la escultura contemporánea.

José NARANJO-RAMÍREZ
(Cronista Oficial de la Villa de Fernán Núñez)